

Viernes II de Cuaresma



1 de marzo de 2024

Gn 37, 3-4.12-13.17-19

Sal 104

Mt 21, 33-43.45-46

P. Eduardo Suanzes, msps

La Primera Lectura nos ofrece la historia de José, hijo de Jacob, el cual no tenía una buena relación con sus hermanos por sus episodios visionarios que lo situaban en el centro de la familia. Dándose cuenta de esta división el padre envía a José donde sus hermanos para tratar de unir a la familia, y establecer la paz. Sin embargo, cuando los hermanos ven aparecer al menor, engendran un plan homicida para deshacerse de este soñador predilecto de su padre.

Uno no puedo menos que pensar en Jesús, enviado del Padre, a sus hermanos los hombres para restablecer la unión con Él; tampoco se puede dejar de pensar en Jesús cuando los hermanos despojaron a José de su túnica (como hicieron con Jesús) y luego lo vendieron por unas monedas de plata. José es el héroe idealizado cuyo dolor traerá la salvación; es el inocente que sufre porque su destino plantea conflictos a otros de menor categoría moral. Una figura muy clara de Jesús.

En el Evangelio la parábola que utiliza Jesús está claramente inspirada en la tradición de los profetas, que hablan metafóricamente de Israel como «*la viña de Yahvé*»¹, una viña que el Señor ha sembrado, cuidado, protegido y que, sin embargo, al final, no da frutos.

Pero lo que se resalta en la parábola de Jesús de los viñadores homicidas da un giro con respecto a la visión tradicional de los profetas y, en concreto, de Isaías. En los profetas, la viña de Yahvé es el pueblo de Israel, y contra su falta de fruto (su injusticia, su desviación del camino de Yahvé) se dirige la imprecación profética (Yahvé castiga a su pueblo infiel). En cambio, en la parábola de Jesús, la viña deja de ser sólo la imagen del pueblo de Israel y pasa a convertirse en el Reino de Dios. La imagen es, pues, diferente a la de los profetas, ya que esta viña sí que produce fruto. Esta parábola va dirigida a los que se apropian de Dios y no dejan que su fruto (el amor) sirva a otros. Aviso a navegantes...

La figura de los criados enviados alude a los profetas que, sucesivamente, aparecieron en la historia de Israel denunciando el alejamiento de Dios vivido por el pueblo o sus dirigentes. Los oyentes judíos de Jesús enseguida identificarían esta figura, y el destino que se les dio a muchos profetas: Amós asesinado a mazazos por el hijo del sacerdote Amasiah; Miqueas despeñado por el hijo del rey Jorán; Isaías segado en dos; Jeremías dilapidado en Egipto por el pueblo enfurecido; Ezequiel asesinado en Babilonia por el jefe del pueblo; Zacarías matado por el rey Joás junto al altar del templo... En tiempos de Jesús, la situación no había cambiado, pues bien recientemente el profeta Juan Bautista había sido asesinado por

¹ La referencia más concreta la encontramos en Isaías 5

Antipas. Es bien lógico que el propio Jesús pensara y supiera que él mismo iba a correr similar suerte.

Lo que interesa resaltar ahora a Jesús es que los viñadores, es decir, los encargados de la propiedad de Dios (los sacerdotes y ancianos que lo están escuchando, los dirigentes del pueblo) pretenden ponerse en el lugar de Yahvé y quedarse para ellos el fruto: ejercer su posición de dominio y poder sobre las conciencias. La denuncia de la parábola se centra, pues, en esos viñadores, símbolo, según el contexto, de los dirigentes, de los detentadores del sistema de dominio imperante en el Israel de Jesús.

Jesús será asesinado. ¿Qué pasará? Pues que rechazando a Jesús, piedra angular en que se puede fundar el edificio, Israel queda en el aire. Pierde su sentido y pierde la verdad de su pasado².

La parábola es, pues, como una especie de adiós profético de Jesús al pueblo de Israel. Era el pueblo elegido, a él se le dio la viña antes que a nadie. Pero, uno tras otro, mató a los profetas, mató también, por fin, al hijo del dueño. El corazón de Dios no se ha cansado de perdonar, pero se ve obligado a hacer justicia: tendrá que dar la viña a otros viñadores más honrados. Jesús, al pronunciarla, está haciendo un llamamiento patético a quienes le rodean, les está ofreciendo la última oportunidad, suplicándoles que no malgasten esta prueba de amor de tener al Hijo del Padre en medio de ellos.

«El amor no es amado», gritaba Francisco de Asís. «Dios tiene necesidad de los hombres», se titulaba una película de hace algunos años. Sí, esta es la historia de un amor que mendiga respuesta, de un Padre que es padre ante todo y cuyo mayor placer es encontrar alguien que quiera reposar su cansada cabeza en sus infinitos hombros³.

² JAVIER PIKAZA Y FRANCISCO DE LA CALLE. *Teología de los Evangelios de Jesús*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1977

³ Cfr. JOSÉ LUÍS MARTÍN DESCALZO. *Vida y misterio de Jesús de Nazaret II. El mensaje*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1987